

VALLE-INCLÁN Y EL REALISMO MÁGICO

“Yo quisiera ver el mundo con la perspectiva de la otra ribera”

Ramón del Valle-Inclán



Ismos e Influjos

Precisar supuestas innovaciones estéticas, en el ámbito de la literatura, es tarea resbalosa y comprometedora. Algún comentador de textos o escribas contratados por editoriales, dan a conocer un hallazgo falaz, propalándolo a los cuatro vientos, en búsqueda febril por atrapar incautos lectores-clientes, fascinados por los abalorios de una publicidad al servicio de la compraventa.

Ha ocurrido así con respecto al *realismo mágico*, expresión acuñada después del mentado *boom* latinoamericano, en la década de los 60' del pasado siglo, que llegaría a transformarse en virtual entelequia para exégetas y autores, especialmente tributarios de la prosa *garciamarquiana* de *Cien Años de Soledad*, tan recurrida entre émulos narradores, como lo fuera, en otro tiempo, la poesía de Neruda; como lo es hoy la antipoesía de Parra. Se trató, sin duda, de escritores de primera línea, pero detrás de ellos hubo varias generaciones brillantes, que no tuvieron la oportunidad ni la fortuna de ser editados en España. El boom es la suma de buena literatura y de hábil publicidad, aprovechando que el público lector español quería leer, durante los años del *tardofranquismo* narraciones originales, sin censura previa y en castellana lengua, aunque fuese americana.

Pero, precisemos el concepto. ¿Cómo podríamos definir esta corriente literaria, tan al uso y abuso de numerosos escribas y pendolistas durante dos décadas? El *realismo mágico* sería una síntesis de lo fantástico y lo real cotidiano, expresada en un lenguaje abundantemente adjetivado y pródigo en formas del habla rural, rescatadas desde el medio urbano de nuestra América, en cuyas grandes

ciudades se mantienen raíces campesinas y pertinaces costumbres aún no diluidas por el tráfago cosmopolita, y que no pertenecen todavía al folclor urbano.



Rastrear los orígenes

Afirmamos, con palabras propias, que se trata de una recreación lingüística, a partir de un contexto de reminiscencias fabulosas, cuyo origen podemos rastrear en las primeras crónicas y cartas de relación de los europeos, en su descubrimiento sensorial, mitológico y anímico de América. El conquistador se encontró ante un mundo de seres y cosas que excedían su limitada capacidad descriptiva. Tuvo que nominarlos y empleó combinaciones de palabras en las que unió el asombro a la necesidad imperiosa de exagerar aquello que pudiese contribuir a su propia fama, tan esquivada como su fortuna en la remota Corte peninsular.

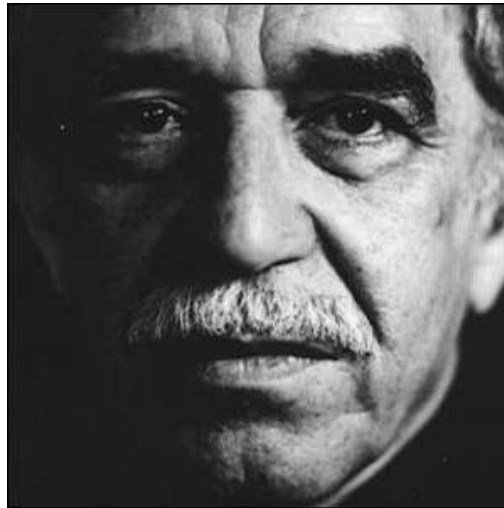
Aquellas fabulaciones pasarían a integrar la mitología y la imaginaria populares, extendiéndose con mayor fuerza en territorios donde la exuberancia de flora y fauna, y las dimensiones de un entorno pródigo en avasalladores fenómenos climáticos y telúricos, suscitan una particular visión del mundo y la consiguiente actitud ante la vida. Sensualismo, supersticiones atávicas que se entrecruzan y mezclan con lo nativo, pavor ante la muerte que extiende las ansias vitales hasta un paroxismo cuya catarsis se canalizará a través de la magia y sus múltiples rituales.

García Márquez, el más famoso y galardonado entre sus pares, integra y comanda, en atributo de primer hallazgo, el grupo con denominación onomatopéyica y regusto gringo de bomba, donde destacan: Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y José Donoso, a los que iba a ser incorporado Juan Rulfo, por su fascinante novela *Pedro Páramo*. Pero no dejaremos de citar a connotados predecesores, como Ciro Alegría, Rómulo Gallegos, Jorge Icaza, Alcides Arguedas, Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos y José Lezama Lima, creadores extraordinarios. Quien haya leído la novela *Paradiso*, de Lezama Lima, pensará que después de ese texto sería muy difícil emular una síntesis de lo real y lo maravilloso como él pudo plasmarla. Pero García Márquez recreará, de modo magistral, ese universo de su infancia, en Aracataca, aldea natal, que revive como mítica Macondo. El colombiano espiga en el lenguaje de la tribu y construye sus

narraciones a partir de un hálito que le pertenece como propia respiración. No precisa de hablas prestadas; le basta sumergirse en esa intimidad nutrida por un entorno embriagador, en donde sus familiares son ya personajes escogidos para el oficio de su imaginación delirante. Su poética es forma de vida singular y fábula hecha discurso.

Paso a recordar una breve anécdota. En 1983 viajé por vez primera a Galicia. En un bar de Compostela supe que, catorce días antes, en la misma mesa que yo ocupaba –según infidencia del orgulloso dueño- había estado Gabriel García Márquez, probando pulpos y percebes, degustándolos en compañía de un frío y perfumado *albariño*. Tres semanas más tarde, el diario El País publicaba una notable crónica del colombiano: *Viendo llover en Galicia*, texto en el que cuenta de su abuela gallega, inspiradora de la matriarca Úrsula en *Cien Años de Soledad*, quien le narraba historias que luego iban a servir de inmejorable materia prima para su *opera magna*.

Afirma García Márquez que nada tuvo que inventar; el viejo hablador de las tradiciones vernáculas rescataba para él sus verbas inmemoriales, enriqueciendo la vívida imaginación de Aracataca, su aldea perdida en la selva colombiana:



También para mí la nostalgia de Galicia había empezado por la comida, antes de que hubiera conocido la tierra. El caso es que mi abuela, en la casa grande de Aracataca, donde conocí mis primeros fantasmas, tenía el exquisito oficio de panadera, y lo practicaba aun cuando ya estaba vieja y a punto de quedarse ciega, hasta que una crecida del río le desbarató el horno y nadie en la casa tuvo ánimos para reconstruirlo. Pero la vocación de la abuela era tan definida, que cuando no pudo hacer panes siguió haciendo jamones. Unos jamones deliciosos, que, sin embargo, no nos gustaban a los niños -porque a los niños no les gustan las novedades de los adultos-, pero el sabor de la primera prueba se me quedó grabado para siempre en la memoria del paladar. No volví a encontrarlo jamás

en ninguno de los muchos y diversos jamones que comí después en mis años buenos y en mis años malos, hasta que probé por casualidad -40 años después, en Barcelona- una rebanada inocente de lacón. Todo el alborozo, todas las incertidumbres y toda la soledad de la infancia me volvieron de pronto en ese sabor, que era el inconfundible de los lacones de la abuela. De aquella experiencia surgió mi interés de descifrar su ascendencia, y buscando la suya encontré la mía en los verdes frenéticos de mayo hasta el mar y las lluvias feraces y los vientos eternos de los campos de Galicia. Sólo entonces entendí de dónde había sacado la abuela aquella credulidad que le permitía vivir en un mundo sobrenatural donde todo era posible, donde las explicaciones racionales carecían por completo de validez, y entendí de dónde le venía la pasión de cocinar para alimentar a los forasteros y su costumbre de cantar todo el día...

...Murió muy vieja, ciega, y con el sentido de la realidad trastornado por completo, hasta el punto de que hablaba de sus recuerdos más antiguos como si estuvieran ocurriendo en el instante, y conversaba con los muertos que había conocido vivos en su juventud remota. Le contaba estas cosas a un amigo gallego la semana pasada, en Santiago de Compostela, y él me dijo: "Entonces tu abuela era gallega, sin ninguna duda, porque estaba loca". En realidad, todos los gallegos que conozco, y los que vi ahora sin tiempo para conocerlos, me parecen nacidos bajo el signo de Piscis.

Llovió durante tres días, pero no de un modo inclemente, sino con intempestivos espacios de un sol radiante. Sin embargo, los amigos gallegos no parecían ver esas pausas doradas, sino que a cada instante nos daban excusas por la lluvia. Tal vez ni siquiera ellos eran conscientes de que Galicia sin lluvia hubiera sido una desilusión, porque el suyo es un país mítico -mucho más de lo que los propios gallegos se lo imaginan-, y en los países míticos nunca sale el sol. "Si hubieran venido la semana pasada, habrían encontrado un tiempo estupendo", nos decían, avergonzados. "Este tiempo no corresponde a la estación", insistían, sin acordarse de Valle-Inclán, de Rosalía de Castro, de los poetas gallegos de siempre, en cuyos libros llueve desde el principio de la creación y sopla un viento interminable, que es tal vez el que siembra ese germen lunático que hace distintos y amorosos a tantos gallegos.

Hace ahora muchos años, en un restaurante de Barcelona, le oí hablar de la comida de Galicia al escritor Álvaro Cunqueiro, y sus descripciones eran tan deslumbrantes que me parecieron delirios de gallego. Desde que tengo memoria les he oído hablar de Galicia a los gallegos de América, y siempre pensé que sus recuerdos estaban deformados por los espejismos de la nostalgia. Hoy me acuerdo de mis 72 horas en Galicia y me pregunto si todo aquello era verdad, o si es que yo mismo he empezado a ser víctima de los mismos desvaríos de mi abuela. Entre gallegos -ya lo sabemos- nunca se sabe.

Analogías necesarias

La literatura, como todo ejercicio estético, es fruto de una continuidad. Por grande que sea el talento de un creador, su obra no nace en sí mismo. Y, si pretendemos de algún modo develarla, será preciso indagar en las fuentes, estableciendo las necesarias analogías, diferencias y contrapuntos. Basados en este aserto, nos remitiremos a un desafortunado escritor, que inicia en América la agobiante crónica novelada de tiranos, tiranuelos, dictadores y caudillos, personajes predilectos de ciertos narradores, sean éstos prestigiosos o no tan conocidos. Recordemos *El señor Presidente*, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias; *Yo, el Supremo*, del paraguayo Augusto Roa Bastos; *El Otoño del Patriarca*, de García Márquez; *El Recurso del Método*, del cubano Alejo Carpentier; *De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal*, del chileno Walter Garib... Nos referimos a Ramón María del Valle-Inclán, aquel gallego que peregrinara al sur de México, para escribir *Tirano Banderas*, novela precursora de las anteriores y clave para entender la nueva forma o corriente narrativa que dio en llamarse “realismo-mágico”.

De las comarcas brumosas de Pontevedra provenía Valle-Inclán. En torno a él, niño, se hablaba la lengua gallega, campesina y marinera, en su variedad de las Rías Bajas, más armoniosa y cantarina, quizá, que sus hermanas de tierras altas y mediterráneas, más rápida en su prosodia popular, látigo secular de ironía y humor. Sus períodos y su línea melódica pueden fácilmente discernirse en las descripciones, y, sobre todo, en los diálogos de las *Sonatas de Otoño*, de las *Comedias Bárbaras*, de *La Lámpara Maravillosa*, y de otras narraciones y textos de tema galaico.

La lengua materna creó en el espíritu de Valle-Inclán una especie de molde armónico, al que acomodó, de modo natural, su prosa, aunque no se hablara en su familia de burgueses acomodados el gallego, reducido a los coloquios y tareas de la servidumbre. Pero el escritor, al igual que su paisana Rosalía, tenía bien abiertos los ojos y los oídos del espíritu a la realidad visible, a seres y cosas del entorno, a situaciones, perspectivas y distancias, nutrido de una multifacética tradición que él renovarían, con originalísima impronta.

Don Ramón no era hombre de observación metódica y empírica, como los realistas del siglo XIX, que pretendían dar cuenta de la realidad del mundo, como si la estudiaran a través de la anatomía; por el contrario, vivía sumergido en el mundo que le rodeaba, absorbiendo la existencia que palpitaba junto a él, para luego recrearla, proyectándola en la obra estética, por medio de los múltiples espejos de su imaginación.

Los hombres, los paisajes se insertan en la totalidad de su obra con tal naturalidad, que inevitablemente se piensa que antes de ser literatura fueron vida. Él los llevaba dentro; eran tan suyos como su metabolismo o sus ensueños, y quizá estuviesen formados de la misma sustancia que éstos. El auténtico genio creador no transcribe ni testimonia, como un reportero, sino que transmuta, moldea, en recreación permanente. Por eso podemos decir que Valle-Inclán es el prototipo del artista visceral.

En Yucatán, al sur de México, en tierras calientes, donde conoció la marihuana o *marijuana*, que para él sería, en sus relatos posteriores, simple “cáñamo índico” que fumaba con fruición en su pipa de Kif, el viejo Marqués de Bradomín –que era él mismo- feo, católico y sentimental, había visto cómo negros e indígenas bravíos se baten con escualos en las tibias aguas del Caribe; había admirado la silueta cimbreante de la Niña Chole, pergeñando, tal vez, la fantástica historia de la pérdida de su brazo en feroz batalla con el jaguar que pretendía devorarla; se había turbado hasta lo más íntimo con esa fuerza telúrica, que habla por los volcanes, del país de Benito Juárez, Alfonso Reyes y Emiliano Zapata, palpitando entre dos entes concretos, irreconciliables, pero unidos al fin: la vida y la muerte.

El segundo estilo

De regreso en Madrid, la naturaleza aldeana de Valle-Inclán se transformó, dejó a un lado el ideal naturalista, con resabios feudales y arcaicos, y vio las cosas de distinta manera. Pero su descubrimiento in situ, del mestizaje de ultramar, forjado en la desmesura de lo cotidiano, se había hecho parte, para siempre, de su acervo creativo. Del hábitat urbano, visto con nuevos ojos, nació su segundo estilo, que consiste en develar las verdades de la condición humana mediante la deformación sistemática de la realidad, como si desde el prurito de la exageración estética, desde su paradoja teatral y esperpéntica, nos acercáramos al trasfondo del misterio.

El universo que describe don Ramón no halla su verdad profunda en la idealización romántica de los Bradomín o los Montenegro –menos en la pintura fotográfica que ostentaban los autores realistas de su tiempo o los añosos neo románticos de España-, sino precisamente en el esperpento, vástago de la fábula, aunque las monstruosidades y deformaciones no son, en el caso de la obra *valleinclanesca*, exhibidos por animales que parlan y aconsejan, sino por seres humanos que hablan, a menudo, un lenguaje enajenado, pero que no es propio de orates, sino de individuos comunes, insertos en una existencia desprovista de un orden coherente, asomada al absurdo o al nihilismo, ingredientes de la modernidad efervescente.

Apunta un crítico gallego que “quien se tome la molestia de averiguar qué pasaba en el mundo mientras sor Patrocinio fingía milagros en la cortes de Isabel II, comprenderá de inmediato que aquella España no era, al ojo de la recurrente picaresca, un país *serio*, y si a una circunstancia como esa se aplican las dimensiones de la tragedia, el resultado es *El Ruedo Ibérico*”. Notable serie de relatos ésta, que, sin atisbos proselitistas, pero con acendrada ironía, constituye paradigma de la novela política, escrita, como casi toda obra maestra literaria, sobre el leitmotiv de la decadencia. El imperio decrepito vivía también, a través de la mano de Valle-Inclán, sus cien años de soledad.

Azorín, tradicionalista, austero y monacal, dijo de Valle-Inclán lo que vale para García Márquez: “Nos encontramos, al leer a Valle-Inclán, con un poeta... Y de esa condición dimanan sus divergencias con los coetáneos. Si aceptamos esta apreciación, todo se explicará en su obra. El verdadero poeta ha de construirse un mundo especial para él; la realidad que él viva no será la realidad que vivan los demás escritores. Las consecuencias de tal creación son obvias: una realidad poética tiene su lógica propia y su coherencia, que no es la ajena. El que se decida a entrar en el mudo del poeta ha de saber que se encuentra en un plano más elevado que el de los demás mortales y que la lógica con que enjuiciamos los hechos del mundo corriente”.

Las huellas más hondas de la expresión *valleinclanesca* hay que hurgarlas en las cosas misteriosas, trágicas y sorprendentes de su Galicia profunda: el paisaje humano y geográfico de Galicia, hecho un solo cuerpo en uno de los más ricos imaginarios populares de Europa (muy semejante al de Bretaña). Esto no significa que todas sus potencialidades creativas vibran en ella, pero es la savia nutricia, presta a rebrotar, pues, al decir de Cela “no se es gallego impunemente”.

Se señala como ejemplo apropiado la obra “*Garrote Vil*”, escrita en el *período esperpéntico*, es decir, en 1913. Es una magistral descripción, al modo de Goya con sus pinceles, de un espeluznante y cruel artilugio de muerte: el garrote vil, utilizado en España hasta poco antes de la muerte de *Tirano Paquito*, Francisco Franco Bahamonde:

“Comienza el poeta escuchando los golpes de martillo que resuenan en el campo cercano a la prisión donde van a ejecutar a un hombre. Las estrellas se van al compás del estribillo de los ecos. Comienza a amanecer. Por el alba reciente destaca el patíbulo, y aparecen los hombres. Unos pican tabaco con una faca, haciendo la ronda. Es, sin duda, la corte de leguleyos y gentuza que vive del papel de oficio. El pueblo canta una jota a lo lejos y un mozo rasguea en un viejo guitarrón. Se bebe morapio. El pueblo pobre, el pueblo muerto de hambre se solaza y acoge inútilmente a la Guardia Civil. Un gitano beatifica al criminal mientras el reo espera en capilla”.

Perfecta descripción. Para los que dudan que la poesía es un medio de conocimiento profundo de la realidad, de hombres y materias, he aquí este párrafo soberbio e inigualable de don Ramón. La literatura, aun cuando no revista la forma de la crónica, se vuelve certero testimonio.

El síndrome de Herculano

“Yo hago mi realidad”, afirmaba don Ramón, y a ella insuflaba la magia de su tierra gallega, semejante al *síndrome de Herculano*, porque “Galicia no existe, pero allí está; permanece en nosotros como un sueño mítico al que no podemos renunciar”. La indeterminación geográfica, válida para lo gallego, se cumple también como leyenda concreta en Macondo.

Camilo Nogueira recoge el viejo mito de la inexistencia del país de Galicia, - ese no ser del gallego que se ha traducido muchas veces, a través de la historia, en un auto-odio infecundo- otra muestra de las fabulaciones vivas de su “realismo mágico”:

Galicia no existe. En 1846, el historiador Alexandre Herculano publicó en A Ilustração un relato titulado 'O gallego'. Iniciaba así, polémicamente, una serie sobre tipos portugueses. Decía: "A ideia gallego é complexa, é trina. Ha gallego-mito, gallego-historia, gallego-actualidade:".

El gallego-mito estaría aún presente en las leyendas del Atlas. Los caballeros gallegos cobertos de ferro y los reyes de Galicia (tal como la mayor parte de las veces eran denominados por los árabes los reyes de Galicia, León y Castilla) son recordados con dolor y como una especie de Odín o de Thor en la nostalgia de Andalus o España.

El gallego-historia se refiere al origen de Portugal en el burgo gallego de Portucale, en la prolífica Galicia histórica.

En la Lisboa del siglo pasado, el gallego-actualidad se personalizaba en el pueblo, los trabajadores que realizaban las más duras tareas, sin las cuales la propia existencia de la ciudad se haría imposible.

Pero sobre todo, del interesante e irónico escrito de Herculano se extrae la idea de la inexistencia de una patria dos gallegos, de un territorio específico de los gallegos: "o nome da patria galega, a sua latitude e longitude, é vaga, nebulosa, incerta".

Según el escritor, "en el Alentejo llamarán gallego al de Lisboa, como en Lisboa es gallego todo hombre de Beira, en Coimbra el de Oporto, en Oporto el del Alto Miño, en el Alto Miño el hijo de las márgenes del Bibeí o del Tambre", ya dentro de los límites administrativos actuales de Galicia; creía incluso el escritor que en Andalucía serían considerados gallegos los alentejanos, y en Compostela, los asturianos.

Algo así como los hombres del Báltico, que eran considerados normandos, hombres del Norte.

Aún más, gallegos son los portugueses en Brasil y los españoles en el resto de Latinoamérica.

La ubicua existencia de los gallegos contrasta con la indefinición de un territorio que sea realmente Galicia.

Hoy también en la política peninsular existen los gallegos, pero no Galicia. Está aún vivo el síndrome de Herculano.

Los gallegos, para bien o para mal, siempre estuvieron presentes en la historia de España. Desde Pablo Iglesias, fundador de la UGT y del socialismo, a Casares Quiroga y Franco, desde Valle-Inclán y Concepción Arenal a Fernando III el Santo, que tomó Sevilla con las naves de Paio Gómez Chariño, trovador galaico-portugués y además almirante.

Pero Galicia no. Sus intereses y aspiraciones no fueron expresadas y defendidas en la vida peninsular.

Volvamos a Macondo. Afirmamos que los miembros de la familia Buendía comparten parecidas características morales, matizadas y enriquecidas, sin duda, por los móviles anímicos del trópico desmesurado, los mismos que turbaron, hace quinientos años, a Orellana y a otros enajenados por delirios de poder, riquezas y eterna juventud, pero, sobre todo, porque la realidad que vivieron en las “tierras calientes” de Tirano Banderas excedía la capacidad de su propio lenguaje castellano para nominar el nuevo mundo. Tendrían que transcurrir los siglos para que otros cronistas, de fuera y de dentro –entiéndase, Valle-Inclán y García Márquez- establecieran, como paradigmas, el frágil equilibrio entre lenguaje y vida, idioma y realidad, lengua e imaginario.

Por encima de su extravagancia, de su dramática peripecia de poeta superlativo sin fortuna –especie de Quijote moderno de las rías lluviosas- Valle-Inclán se movió siempre, incluso en sus épocas de mayor rebeldía anárquica, coherente con una serie de valores humanos, de raíz individual y comunitaria, que constituyen el meollo del esquema moral e histórico-circunstancial del hidalgo; creación hispánica ajena y aun hostil a los tipos modélicos del burgués y el proletario, sobre los que se alzó, con escandaloso espíritu rebelde y libertario, don Ramón, el ilustre manco engendrado en los cafés de Madrid, donde Manuel Blanco, un escritor mediocre y bárbaro, zaherido por una ácida crónica de don Ramón, le tronchara su brazo izquierdo de un aleve bastonazo.

Café, escándalo y tertulia

“...Pero el espíritu de Larra está aún en las mesas de los cafés de Madrid. El sueño es un vino del arte histórico de España. La desesperación es una voluptuosidad, y la incompetencia, un culto. Entre los devotos de este trance narcisista se encuentran los escritores más exquisitos de España.

“El principal de todos ellos es, sin duda, don Ramón María del Valle-Inclán. Cervantes era manco y a don Ramón le falta un brazo. Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina (Tragicomedia de Calixto y Melibea)*, hace cuatro siglos, dialogó sus novelas y las dividió en actos; don Ramón hace lo mismo y entremezcla en su prosa palabras y giros que el mismo Rojas habría encontrado arcaicos. Los libros de Valle-Inclán no se venden por pesetas, sino por reales de vellón. Su tipografía es afectadamente antigua. Sus volúmenes se abren con la opera Omnia y están

ilustrados con grabados en madera, a la usanza medieval. Su forma revela gran maestría en el uso del castellano antiguo, con el que se mezclan vocablos puros del gallego, que fue en otros tiempos la lengua poética de España. Es un arte armonioso y de plasticidad verbal. Don Ramón es un hidalgo de Galicia, la rocosa provincia (*nación*) del Noroeste que apenas hollaron los árabes (*los mouros del imaginario popular*). Don Ramón se jacta de su sangre celta. Hay un estrecho y curioso parentesco entre la música del diálogo de sus libros y el sonido de la siringa (*zampoña de tubos de caña puestos en escala*), pero este parentesco no es más profundo que un eco. La plasticidad de la prosa de Valle-Inclán vive para dar forma a la muerte. Su drama es un drama de furiosa retórica. Los espíritus más gloriosos de España pasan por sus libros. La Iglesia “con la caridad de la espada”, la caballería enmohecida y deshecha en su largo peregrinaje hacia el Sur; las guerras patriarcales, la lealtad, el amor místico, están personificados en la fiereza ampulosa de sus escenas. Pero aunque estas formas sean espectros, no tienen ellos el hálito del sepulcro; la sal de la ironía moderna –la ironía perenne de España– (*enriquecida por el fino humor galaico*) está en ellos...”¹

Los héroes de la literaturas de Valle-Inclán, vinculeros, morgados o segundones, aventureros o capitanes, tahúres o falsos curas, son todos hidalgos (hijos de algo, aunque fuese de prosapia inventada). Más o menos bárbaros, desarrapados o atrabiliarios, llevan siempre consigo, bajo el caparazón que quiere ser cota de malla caballerisca para sus apellidos sonoros o sus manías heráldicas, esa extraña y a menudo extemporánea idea del honor, ese menosprecio del mundo y de la vida, ese valor de estar sobre sí para aguantar, con impávida gravedad, las cargas del trabajo y el peso del infortunio; ese sentido religioso de la dignidad y de la libertad profunda del hombre que no tolera imposición ajena: “*del rey abajo, ninguno*”; esa pobreza orgullosa; esa virtud de asumir el sufrimiento, largo y silencioso, bajo serenas apariencias en que estriba la cervantina grandeza de la hidalguía española, con los gigantes hechos molinos de viento por todos los caminos de La Mancha, metáfora polvorienta de todas las vías existenciales.

La vida misma de don Ramón estuvo sujeta a esos cánones, o “parámetros pertinentes”, como escribiera Roberto Brodzky, que prohijaron su fabuloso tipo de escritor hidalgo, sin ceder un ápice de su pobreza noble y de su honrada necesidad al reclamo del dinero mercenario o a los cargos con que le tentaran para neutralizar el filo de su pluma insobornable.

Antigua y nueva forma de contar y cantar el mundo

Valle-Inclán nos ilumina, desde los rincones umbríos de los *pazos* gallegos, donde habitan fantasmas que no quieren morir, que llevan una rosa en el ojal y una espada en la mano, para decirnos que el realismo mágico es la transposición de los

¹ Extraído del libro “España Virgen”, de Waldo Frank; Biblioteca de Autores Modernos; Editorial Aguilar; 1963. (Las anotaciones en cursiva son mías; E.Moure).

elementos poéticos, vivos en el alma popular que habla y se expresa en sus grandes escritores, a través de esa prosa desenvuelta que narra –no anécdotas novedosas o pretendidamente modernas- sino las cotidianas peripecias del hombre común, realizadas en sus componentes fantásticos por medio de un lenguaje que recupera, desde los pozos de la memoria, los compartidos dones de la condición humana. La existencia que llamamos civilizada, sólo disfraza o mal oculta los atavismos cobijados en el mito; éstos resurgen cuando el creador es capaz de pulsar las cuerdas secretas del pasado, como intérprete y voz de la tribu.

Dentro de sus creaciones propiamente gallegas –aunque Valle-Inclán no escribió en lengua vernácula- estamos en presencia de auténticas tragedias rurales, deformadas con premeditación por su estética, pero muy cerca de los hombres y de las tierras que el autor pisa. Aquellos mendigos plañideros de sus primeras obras, han tomado el papel de protagonistas. El contorno social, las comparsas ambientales y de contraste con los vetustos palacios que rodeaban, provistos de escudos señoriales y arco nobiliario, han ocupado el centro de la escena. Las palabras musicales y las frases de resonancia histórica y palaciega han callado, para que sólo hablen los malheridos de la fortuna, las sombras de los desterrados de las historias románticas, los que sólo dicen y juran su hambre amorosa. Aquí los viejos tópicos de honra, orgullo y blasón, se tornan caricatura o imprecación luctuosa. Dionisio y Tánatos disputan por el *homo ludens*, mientras el intenso drama de la existencia echa por tierra todo convencionalismo.

En el confín de Macondo, donde Úrsula, la abuela gallega de Gabriel García Márquez, sigue velando en las habitaciones donde conversan los muertos, las calles polvorientas donde se detuvo el tiempo se llenan de espectáculos circenses, para reinventar un mundo duro y hostil, a la medida de aquellos sueños que se esfumaron con el galeón varado en la selva... Resabios de proezas pretéritas agostadas antes de rendir sus frutos... En la aldea esperpéntica y universal de Valle-Inclán, el chafarrinón estrambótico suplanta las glorias de un imperio hecho cenizas, cuyo resuello pretende aferrarse, como telaraña estéril, al inconsciente colectivo de un pueblo más soñador que pragmático. En ambos espacios, el principio y el fin son el lenguaje, sus luces y sombras, esa vida más perdurable que la de los hombres y sus obras caducas. La palabra reinaugura y eterniza.

Y los que no pudieron ser héroes, son esperpentos en las creaciones de don Ramón; contrafiguras sarcásticas de una humanidad despreciable, porque, sea cual fuere su alcurnia o su posición social, proyectaban, reflejada en el espejo cóncavo y deformador de la rúa del Gato, la villana imagen de almas carentes de toda hidalguía y humanidad.

Una escuela sin imitadores

Pero, al revés de lo ocurrido con el genial colombiano, los estilistas no pudieron hallar en Valle-Inclán un modelo a seguir. No porque éste careciera de estilo, sino porque les desorientaba -a ellos y a posibles imitadores- con la

evolución constante de su prosa y el estilo apropiado que le infundía cada tópico o leitmotiv; porque él mismo, inimitable y único, era su estilo.

Así, cuando incipientes discípulos lograban acercarse a las formas finas y sensuales, opulentas de sensaciones múltiples, de inagotables matices –auténticos hallazgos en una lengua castellana impregnada de lo gallego- de *Las Sonatas*, se sentían de pronto abandonados del mismo Valle-Inclán, quien, impelido por la urgencia de otros temas, creaba para cada uno un estilo distinto, pero tan suyo como el precedente, que se descarnaba en el realismo de *La Guerra Carlista*; se hacía desenfadado hasta lindar con la inverecundia en *El Ruedo Ibérico*; o se reencarnaba en las bufonadas grotescas y los personajes desmesurados de *Tirano Banderas*.

En todo momento, el sello de Valle-Inclán brilla en su prosa, inmune a las suplantaciones o a la imitación inconsciente que afecta a tantos escritores que “escriben como Neruda o como García Márquez o como Parra”, sin lograr esa impronta que todo artista busca para ser él mismo. Fantasía, música, poesía, realismo, sátira, caricatura, esperpento, confluyen en su obra portentosa.

Si el viajero alerta recorre las aldeas gallegas, sean marineras o campesinas, y habla con los aldeanos al calor de una botija de vino y de un “*pulpo a feira*”, escuchará de su boca historias parecidas a las de don Ramón o a las de la abuela Úrsula; ellos le confirmarán que el *realismo mágico* es muchísimo más antiguo que las arbitrarias invenciones o “modas” de críticos inadvertidos; es una vieja escuela o forma literaria que bien pudiera originarse –si queremos atenernos a la excelsitud literaria-, a partir de Cervantes, para llegar hasta nuestros días, y que ha ido manifestándose a través de muchos escritores a lo largo de los siglos, en distintas lenguas y naciones.

Es, para nosotros, una forma de contar el mundo que escasos narradores y poetas logran plasmar con la pluma, sólo si han sido capaces de oír las viejas voces que nos hablan desde el corazón del pueblo, resonancias múltiples y distintivas para quienes asumen con lucidez los riesgos de un oficio arduo y traicionero que se forja bajo el filo inquietante de la palabra.

Edmundo Moure
Mayo 2012